

JOSE M.º MORENO GALVAN

# EL RETORNO DE CALDER

30 triunfo

¿COMO es exactamente la frase de Machado? Algo más o menos así: «Por muy alto que sea el valor de un hombre, nunca tendrá valor más alto que el de ser un hombre». No puedo evitar que la frase vaya y venga en mi imaginación, como alternándose con la imagen del personaje que la provoca, el escultor Alexander Calder, aquí, en la Galería Pelaires, de Palma de Mallorca, donde Calder celebra ahora una exposición. Los móviles de Calder vuelan alrededor de todos nosotros, alrededor también de todos sus estables, y nos proyectan sus luces y sus sombras, siempre cambiantes, dándonos a todos una sensación mágica que, sin embargo, nada tiene de inquietante. Convivimos con los móviles de Calder como si los conociésemos de toda la vida. Es como si hubiésemos entrado en una inmensa jaula de pájaros cordiales.

Calder está ahí. Lo reconozco. Es igual que cuando, hace un par de años, me lo presentó Miró en París, en la exposición de este último. Es igual. Va vestido de Sandy Calder. Tiene toda la fisonomía de Sandy Calder. Lleva puesto un traje de confección, con una camisa a cuadros desabrochada... Es una anti-estatua. La humanidad, creciéndole desde dentro, ha ido añadiendo dimensiones-Calder a las proporciones de Policiclo, destruyendo en él todos los cánones. Deambula por la sala de exposiciones con la torpeza de los hombres: nunca con el alado pie de los dioses. Tiene manos de leñador, no de escultor. Lleva los pies cubiertos con zapatones, no son los de Aquiles. Debe pesar más de cien kilos. Una estatua es la imagen de un hombre dividida por todas sus proporciones ideales. La estatua viviente de Alexander Calder es la imagen de un hombre multiplicada por todas sus dimensiones reales. Permitidme una digresión. Eso que acabo de decir podría establecer una diferencia entre, por ejemplo, la estatuaria «griega» y la «romana». Los griegos dividían por la **proporción ideal**; los romanos multiplicaban por la **dimensión real**. ¡Qué gran cabeza «romana» tiene Sandy Calder!

La gente deambula por la sala prendida por el encanto de esa multitud de formas livianas que se mueve lentamente por el aire. Las esculturas de Sandy Calder tienen vocación de fluidos. Quisieran pesar menos que el aire. Se diría que no tienen tronco, pero que, en cambio, han enfatizado la potencialidad de sus extremidades. ¿Es que no tienen forma? No: no es eso. Es que su ideario es el de la permanente transformación. Ahora es así; dentro de

unos segundos será de otra manera. Es una escultura en contacto permanente con la vida. Todo lo que la rodea influye sobre ella: una leve corriente de aire acelera su ritmo traslático, el toque ocasional de un visitante la hace cambiar de rumbo.

La escultura de Calder se opone al régimen tradicional de la escultura, en la medida que la esencia de la transformación se opone a la intangibilidad de la forma constituida. La forma constituida aspira a la intemporalidad: así es la columna dórica, porque así fue realizada en el siglo V antes de Cristo. Es inmóvil, porque la movilidad involucra el tiempo, y ella está contra el tiempo, oponiéndose a lo que cambia a su alrededor, manteniéndose enhiesta como testigo de su propio tiempo. Sólo de su tiempo.

La escultura de Calder no es así. La escultura de Calder no puede ser testigo de ningún tiempo pasado, porque cada segundo que pasa, cada transeúnte que moviliza el aire a su alrededor, la transforma. Ella es testigo solamente del último minuto de la Historia. ¿Y los «estábiles»? Los «estábiles» —las esculturas «estables»— son como la afirmación de la movilidad por la insinuación de todo lo contrario. En los «estábiles», Calder es un escultor. En los móviles, el escultor es Calder.

Veo ahora a Sandy Calder en su exposición, con su cabeza humana, demasiado humana, como un león en una jaula de pájaros. Demasiado humano como un león, he dicho, y no estoy dispuesto a rectificar la aparente incongruencia. Ha llegado su amigo Joan Miró, y el león, a cada minuto que pasa, se va haciendo más humano. ¿Te acuerdas, Joan?... ¿Sandy, Sandy, Sandy, te acuerdas?... Son muchos años de convivencia, muchas aventuras vividas en común... Es curioso, a ese escultor de una escultura sin memoria —porque es una escultura modificada siempre por el último minuto de la Historia— se le agolpan de pronto los recuerdos: «¿Te acuerdas, Joan?». «¿Te acuerdas, Sandy?». Para quienes el arte es vida, el espectáculo de esos dos hombres —historia viva de nuestro tiempo— no deja de ser alentador.

Luego nos fuimos a cenar juntos. Yo tenía en la mesa, frente a mí, a Miró y a Calder. Hablábamos. Yo no pude evitar el decirle al gran escultor americano algo que sentía muy profundamente, y que se me hubiese indigestado si se me hubiese quedado en las tripas. Le dije: «Querido Sandy: Yo sé, muchos sabemos, que usted,

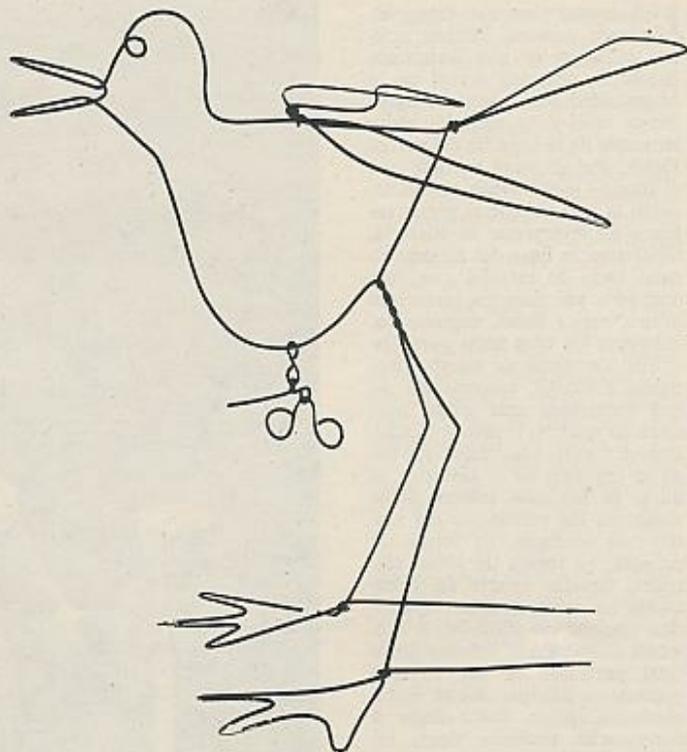
junto con Miró, junto con Picasso, junto con Alberto, junto con Julio González, colaboró en el memorable Pabellón Español de la Exposición Universal del año 37 en París: ¡el pabellón del «Guernica»! Usted, lo sabemos, concurre con una obra muy suya: una fuente de mercurio. Querido Calder, no nos importa saber cómo fue la obra, aunque suponemos que sería magnífica, lo que nos importa saber es que estaba usted allí, con nosotros, en el pabellón, que luego fue memorable, de la pobre España en guerra. Querido Calder, yo, que entonces era un niño, quiero darle las gracias ahora porque entonces quisiera ser también usted protagonista de nuestra tragedia». Calder me miraba muy serio. Luego, extendió su brazo a través de la mesa y me agarró la mano. No dijo nada. Después llenó mi copa de vino, pues la vigilancia profiláctica de mi mujer y de mis amigos la mantenía vacía, y, más aún, tomó su plato lleno y volcó la mitad en el mío. Miró, a su lado, nos miraba a los dos, muy serio, muy grave, con un vago gesto como de afirmación.

Al día siguiente, por la mañana, volví a la Galería Pelaires. Calder estaba allí, pues se tenía que marchar aquel mismo día a los Estados Unidos: está haciendo campaña electoral a favor de McGovern. En el despacho de la Galería, en la mesa de Niní y Pepe Piña, me senté un momento frente a él.

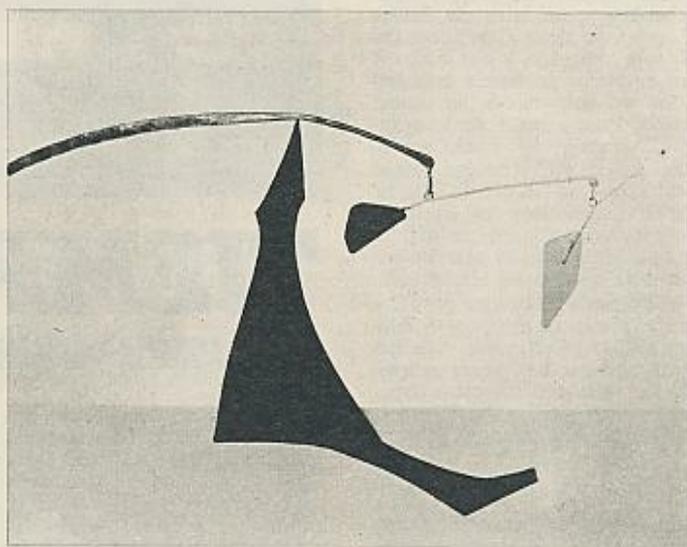
Mi diálogo con Calder es necesariamente deficiente, por la cuestión idiomática. De pronto, Calder hizo un gesto como reclamando mi inmovilidad. Tomó un cuaderno próximo y, con un bolígrafo, trazó mi retrato a línea. Lo dedicó, lo firmó y se marchó a tomar el avión.

En la soledad matinal, alguna mujer está barriendo la sala de los excesos de la noche inaugural. Al pasar junto a un «estábil» de Calder, se para, se apoya en su propia escoba y contempla a la escultura con mucha seriedad, como preguntándole quién es y qué hace allí. Pero un instante antes ha movido el aire de una escultura colgada del techo. De allí sí parece haber surgida la respuesta: «Soy Sandy Calder. Nací en Filadelfia hace setenta y cuatro años. Viví entre vosotros por los años "treinta". Estoy aquí para reencontrarme con los viejos amigos».

He citado antes a Machado. Para seguir con la memoria, he ahí ahora una estrofa de Rubén a propósito de don Antonio, que yo considero aplicable a Sandy Calder: «Fuera señor de mil leones/ y de corderos a la vez». ■ J. M. M. G.



Pájaro (alambre).



Foca (móvil-estábil). Una base negra y roja (móvil-estábil).

